

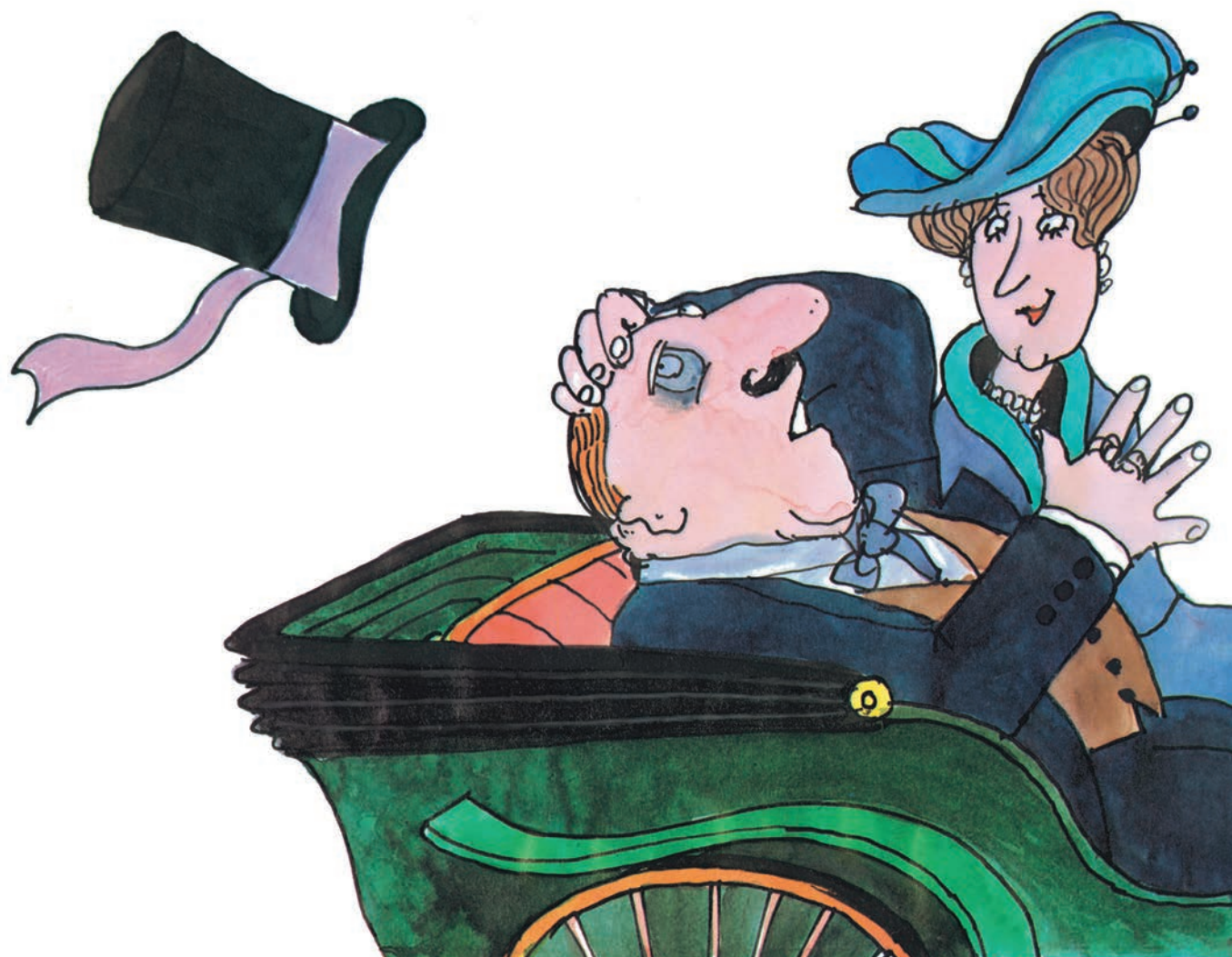


Había una vez un sombrero.

Un sombrero de copa negro, reluciente como el satén
y ceñido por una cinta de seda de color magenta.



El sombrero vivía feliz en la cabeza de un hombre rico.
Un día, circulando a gran velocidad en un coche descubierto,
el sombrero salió volando.
—No te preocupes por el sombrero, *caro* mío —dijo la novia
del hombre rico—. Ya vamos con retraso.





El viento sopló, el sombrero voló de acá para allá describiendo lazos y rizos, y por fin aterrizó sobre la calva de Benito Badoglio, un veterano pobre. —¡No disparen, me rindo! —gritó confundido el viejo soldado.